



HAL
open science

La inestabilidad democrática en la América Latina del siglo XXI: los casos de Argentina y Venezuela

João Carlos Amoroso Botelho

► **To cite this version:**

João Carlos Amoroso Botelho. La inestabilidad democrática en la América Latina del siglo XXI: los casos de Argentina y Venezuela. Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.818-826. halshs-00103841

HAL Id: halshs-00103841

<https://shs.hal.science/halshs-00103841>

Submitted on 5 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

LA INESTABILIDAD DEMOCRÁTICA EN LA AMÉRICA DEL SIGLO XXI: LOS CASOS DE ARGENTINA Y
VENEZUELA.

João Carlos AMOROSO BOTELHO
Universidad de Salamanca
joaocarlosbotelho@hotmail.com

RESUMEN: Argentina y Venezuela, consideradas en el pasado reciente naciones con modelos de sistemas bipartidistas, entraron en los últimos años en períodos de inestabilidad democrática. El origen de esta inestabilidad puede ser identificado en la combinación de crisis económica y de credibilidad política. ¿Por qué, entonces, Brasil, que enfrentó los mismos problemas en el inicio de los años 90, no pasó también por inestabilidad democrática? La hipótesis es que multipartidismo y gobierno de coalición, que diferencian el sistema político brasileño del argentino y del venezolano, son aspectos que, en países con altos niveles de desigualdad y pobreza, contribuyen para la estabilidad del régimen. La confrontación de esta hipótesis con otros casos permitió la conclusión de que multipartidismo y gobierno de coalición amenizan el potencial desestabilizador de la desigualdad para la democracia, pero, en el medio plazo, son insuficientes sin la inclusión social.

Palabras Clave: Argentina, Venezuela, inestabilidad democrática, multipartidismo y desigualdad

Introducción

Argentina y Venezuela, consideradas en el pasado recientes naciones latinoamericanas con modelos de sistemas bipartidistas consolidados (Lamounier, 1992), entraron en los últimos años en períodos de inestabilidad democrática. El objetivo aquí es diagnosticar las causas de esas turbulencias, que, en pleno siglo XXI, también alcanzan otros países de América Latina y son más una dificultad para el desarrollo integral de la democracia en la región.

El origen de la inestabilidad de las democracias argentina y venezolana puede ser identificado en la combinación de crisis económica y de credibilidad de partidos y políticos. En consecuencia de la primera situación, hubo aún el deterioro de las condiciones sociales. Esa evaluación podría dar por encerrada la cuestión no fuese por un aspecto que merece ponderación: ¿por qué, entonces, Brasil, que enfrentó la misma combinación de problemas en el inicio de los años 90, no pasó por inestabilidad democrática como sus dos vecinos¹?

Esta pregunta, sin la intención de incluir el Brasil como un tercer objeto de análisis en este estudio, es útil para ilustrar la primera hipótesis de trabajo. Si las crisis mencionadas arriba también existieron, en mayor o menor medida, en Brasil, el multipartidismo consolidado en el país y la tradición de su democracia en contar con gobiernos de coalición son características que diferencian el sistema político brasileño del argentino y del venezolano.

A partir del análisis de los casos de Argentina y Venezuela en el siglo XXI, se pretende defender aquí que multipartidismo y gobierno de coalición son dos aspectos que, en países con altos niveles de desigualdad socioeconómica y pobreza, contribuyen para el mantenimiento de la estabilidad democrática, entendida como el respeto a las reglas de alternación en el poder. Esta primera hipótesis se restringe también a un contexto más reciente de las democracias, con elecciones regulares, libres, limpias y de participación universal.

Lijphart (2003) incluye multipartidismo y gobierno de coalición entre los tres primeros rasgos definidores del modelo consociacional de democracia, que él considera el más adecuado a sociedades heterogéneas, ya que, en el mayoritario, las minorías que tienen su acceso al poder sistemáticamente negado podrán sentirse excluidas y perder el sentido de lealtad al régimen.

Este mismo diagnóstico de Lijphart sobre el potencial desestabilizador del modelo mayoritario también vale cuando, defiende este estudio, bipartidismo o gobierno de partido único, características de la variante mayoritaria, se combinan con rasgos consociacionales, como en la Argentina y en Venezuela.

En el modelo consociacional, multipartidismo y gobierno de coalición son dos de los pasos para la distribución de los recursos de poder entre los diferentes grupos. La presencia de apenas un de los dos aspectos no se muestra suficiente, como indican los países priorizados en este trabajo, pero, entre los dos apartados, es preferible el sistema multipartidista, que, según Lijphart, lleva a la alianza para gobernar. Tanto Argentina como Venezuela tuvieron experiencias de coaliciones, pero que, sin la superación total del bipartidismo, generaron un gobierno débil políticamente o un cuadro inconsistente de alternativas partidarias.

El entendimiento que se tiene aquí de multipartidismo es la existencia de al menos tres agrupaciones efectivas. No se adopta el cálculo del número de partidos efectivos. Lo que se sigue es una definición que lleva en cuenta la representatividad en los niveles federal y estadual y la sustentación como fuerza política de peso. Ya gobierno de coalición es encarado como la participación de integrantes de, por lo menos, dos agrupaciones en cargos de primer escalafón, respaldadas por apoyo parlamentario. La definición de un programa común de gestión no es imprescindible.

En el medio plazo, sin embargo, como se discutirá al final por medio de una tentativa de generalizar la primera hipótesis expuesta, se muestra necesario que multipartidismo y gobierno de coalición estén

¹ El entendimiento es de que el proceso de impeachment de Fernando Collor no llegó a generar inestabilidad democrática, que es la categoría priorizada aquí, pero apenas a de su gobierno, ya que la destitución de él ocurrió estrictamente de acuerdo con las reglas.

mezclados con la mejoría de las condiciones sociales, ya que el nivel de desarrollo socioeconómico del país interfiere en la preservación de su régimen democrático (Przeworski et al, 1997). Así, se llega a la hipótesis principal de este estudio: sistema multipartidista, coalición para administrar e inclusión social contribuyen para la estabilidad democrática en sociedad desiguales y pobres.

Sin contar efectivamente con estas tres características, las democracias de Argentina y Venezuela vieron la protesta popular volverse un componente de sus prácticas políticas. Después de, a lo largo de la historia de los dos países, ayudar a combatir dictaduras, la población movilizada en las calles cobra hoy resultados de los gobiernos democráticos y ha sido capaz de derribar o reponer presidentes.

En la línea de Sartori (1992), es necesario matizar la hipótesis arriba, en el sentido de que hay tipos de multipartidismo menos favorables a la estabilidad del régimen en sociedades desiguales y pobres. Los más indicados son aquéllos con menor grado de polarización ideológica. Venezuela es un ejemplo en este sentido, ya que su sistema multipartidista en la era chavista se convierte en un pluralismo polarizado, a causa de la polarización entre situación y oposición, y acaba por no contribuir para la estabilidad democrática.

Contexto histórico

La inestabilidad de los gobernantes es una característica de la historia de América Latina. Su origen remonta al siglo XIX, cuando las guerras de independencia dejaron el legado de ejércitos dispersos y Estados débiles, incapaces de reprimir las embestidas para la toma del poder. Así, los caudillos, que habían liderado facciones armadas en las luchas de emancipación, pasaron a usar esas fuerzas para perseguir sus ambiciones políticas.

También ya es secular la disposición de Estados Unidos en interferir en los procesos políticos en América Latina. La primera invasión de Cuba fecha de 1902. En esta época, la creciente importancia norteamericana en el escenario internacional llevó el país a considerarse en el derecho de intervenir militarmente en América Central y en el Caribe, tenida como una zona vital de seguridad (Rouquié, 1984). Desde la revolución cubana de 1959, hubo un aumento del auxilio militar de Estados Unidos a América Latina y una nueva ola de intervencionismo en la región, que se volvió una área de preocupación norteamericana con la posibilidad de avance de la izquierda y de la zona de influencia de la Unión Soviética.

América Latina contó aún con una extensa relación de gobiernos y golpes militares. En 1954, de los 20 países de la región, 13 eran administrados por sus Fuerzas Armadas. Apenas entre 1962 y 1966, fueron nueve tomas de poder conducidas por ellas. En 1980, dos tercios de la población latinoamericana vivían bajo el dominio o bajo una administración militar de hecho (Rouquié, 1984).

El populismo completa el cuadro de factores históricos relacionados a la formación de una tradición de inestabilidad de los gobernantes en América Latina. Por su estilo antisistema de hacer política, el líder populista tiende a generar turbulencias esté o no en el poder. Aunque no sea inherente a este tipo de político recurrir al golpe, representantes latinoamericanos usaron el recurso para continuar o llegar al gobierno. En contra de ellos, también fue común a acción preventiva delante de la posibilidad de una radicalización de izquierda. Para Ianni (1991), un régimen populista tiende a ser fuerte o dictatorial.

Cuando tuvo encerrado su último ciclo de regímenes militares, con la realización de elecciones en Paraguay, en 1992, América Latina dio, finalmente, un paso significativo para relegar al pasado la tradición de inestabilidad de los gobernantes. Este avance, sin embargo, no resistió a la coyuntura política y económica de las propias democracias implantadas.

Alcanzada por la crisis de la deuda externa en la década de 80, una parte significativa del subcontinente se vio constreñida por los organismos de crédito como el FMI y el Banco Mundial a adherir entre el final de los años 80 y el inicio de los 90, como condición para renegociar sus débitos, a un programa de reformas. La aplicación de ese modelo combinó el trípode reformista básico de la desregulación, apertura de mercado y privatizaciones con la busca por equilibrio fiscal y caída de la inflación. A pesar de haber provocado una euforia inicial, a causa de la reducción inflacionista y de la

generación de crecimiento, el principal efecto de las medidas, en el largo plazo, fue el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Este programa neoliberal también tornó los gobiernos que lo adoptaron en América Latina más impotentes delante del proceso de globalización, sobretodo con relación a su variante que Fiori (1997) llama de financiera. Las reformas desmontaron la capacidad estatal de regular el mercado y sus flujos de capitales y generaron una extrema dependencia de los empréstitos e inversiones externas. Así, los países se quedaron sujetos a turbulencias a cada nueva crisis en el escenario internacional y obligados a mantener sus equilibrios macroeconómicos para tener credibilidad en el mercado y atraer recursos.

Argentina y Venezuela, que más tarde vendrían a enfrentar inestabilidad democrática, estuvieron, de acuerdo con Anderson (1996), en la línea de frente de la ola de reformas neoliberales en América Latina desde las tomas de posesión, respectivamente, de Carlos Menem y Carlos Andrés Pérez en 1989. El segundo, sin embargo, sufrió más resistencias políticas para la implementación de las medidas, ya que no contó con el antecedente de una hiperinflación.

Iniciados los años 2000, América Latina vio el comienzo de un período de inestabilidad democrática luego en el primer mes de 2000, con un golpe en Ecuador. En el mismo año, hubo una tentativa en Paraguay. Desde 2001, entonces, ya en el siglo XXI, ocurrieron caídas de presidente en Argentina, Venezuela, Bolivia, Haití y nuevamente Ecuador.

Transcurrida más de una década desde el final del último ciclo de regímenes militares en América Latina y superados los períodos de transición en la mayor parte de los casos, las democracias de la región aún no pueden ser consideradas estables. Además de los resquicios golpistas y autoritarios de sus elites política y económica y de sus militares, hoy la población se volvió más un de los jueces que pueden decidir por la caída de los presidentes latinoamericanos antes del fin de los mandatos.

Los casos

Los períodos que más interesan a este trabajo son los de los gobiernos de Fernando de La Rúa en la Argentina (1999-2001) y Hugo Chávez en Venezuela (1999-2007), con énfasis en los procesos que culminaron en la caída de los dos presidentes (provisoria para el venezolano y definitiva para el argentino), respectivamente, en diciembre de 2001 y en abril de 2002. En el caso de la Argentina, no llegó a configurarse un golpe de Estado, pero una derribada, que se encaja en la categoría de inestabilidad democrática tratada aquí, porque, a pesar de la renuncia, hubo manifestaciones violentas para exigirla. Ya en el de Venezuela, sí, ocurrió un golpe, en conformidad con el modelo que se volvió clásico en la historia de América Latina, por haber contado con el involucramiento de Estados Unidos, ofreciendo, por lo menos, su condescendencia, y de sectores de las Fuerzas Armadas y de las elites económica y política venezolanas.

Las trayectorias democráticas de los dos países en las últimas décadas tienen como punto en común el bipartidismo. En la Argentina, se alternan en la Presidencia desde la reconquista de la democracia, en 1983, el PJ (Partido Justicialista), que es la leyenda del peronismo, y la UCR (Unión Cívica Radical). En Venezuela, la AD (Acción Democrática) y el COPEI (social-cristiano) se revezaron de 1958 hasta 1993, cuando Rafael Caldera, que ya había sido presidente por el COPEI, se reeligió por una coligación de partidos menores. La predominancia de AD y COPEI, sin embargo, solo desapareció por completo en 1998, delante de la elección por la primera vez para gobernante de alguien sin relación con las dos fuerzas tradicionales y del nivel más bajo de ocupación conjunta del Congreso que alcanzaron.

Si un objetivo aquí es el potencial del bipartidismo para generar inestabilidad democrática en sociedades desiguales y pobres, ¿porqué el período enfatizado en Venezuela es lo de Chávez, cuando ya no había la división del poder entre dos agrupaciones? El hecho es que las turbulencias para el régimen en el país ya venían desde el final de los años 80, como reflejo del dominio bipartidista, que aún vigoraba. Un segundo aspecto es que tanto con Caldera como con Chávez no hubo la consolidación de un sistema multipartidista. En el caso de lo segundo, prestes a completar ocho años de gobierno, la polarización entre chavistas y oposición hace con que el multipartidismo si convierta en pluralismo polarizado.

La gestión De La Rúa fue la primera experiencia de un gobierno de coalición en la Argentina desde la redemocratización y terminó en fiasco, con la renuncia del presidente, después de fuertes protestas populares. La Alianza por el Trabajo, por la Justicia y por la Educación era compuesta desde 1997 por UCR y FREPASO, una tercera fuerza surgida en 1994, y ya había vencido las elecciones legislativas en el año de su formación. Las crisis económica y de credibilidad política apuntadas en el inicio como causas de la inestabilidad democrática estuvieron fuertemente presentes en el caso argentino. Dos meses antes de la caída de De La Rúa, las elecciones legislativas de 2001 tuvieron 13,23% de votos nulos y 10,76% de votos en blanco. La situación económica, entonces, era explosiva, con el país al margen de la moratoria de su deuda externa, además de las condiciones sociales en franca decadencia.

Las decretaciones del corralito (el bloqueo de depósitos bancarios) y, a continuación, del Estado de sitio, en 19 de diciembre de 2001, fueron las medidas que lanzaron la clase media a las calles, en compañía de las capas más bajas, que ya participaban de saqueos, y de agitadores políticos profesionales, llamados por el PJ de la Provincia de Buenos Aires (Arisó y Jacobo, 2002). Un día después, De La Rúa, aislado políticamente y presionado por las protestas, renunció.

La coalición liderada por él nunca llegó a valerse de este nombre. El vicepresidente Carlos Chacho Álvarez, de la FREPASO, renunció luego en el primer año de mandato, después de asumir el papel de llevar adelante denuncias de soborno a senadores en la aprobación de un proyecto gubernamental y no sentirse apoyado por De La Rúa.

La Alianza enfrentó problemas de cohesión desde su formación. En el corto período entre su surgimiento, en 1997, y la victoria en las elecciones presidenciales de 1999, ella no fue capaz de institucionalizar mecanismos de concertación (Novaro, 2002). También no tenía un liderazgo fuerte en la cual sí apoyar. La coalición se perjudicaba aún por la línea contraria a las viejas prácticas políticas en que la FREPASO se había afirmado, algo que la centenaria UCR no pretendía asumir de hecho. Esto generaba contradicciones internas, que alcanzaron el ápice en la renuncia de Chacho Álvarez, y dificultades para la negociación con el PJ y líderes sindicales.

La gestión De La Rúa fue un ejemplo de gobierno débil políticamente, en razón de su propia naturaleza y de la magnitud de los desafíos que tuvo de encarar, reticente en contrariar intereses e incapaz de lograr un acuerdo concreto de gobernabilidad con la principal fuerza de oposición, que tenía la mayor bancada en el Senado. Para dificultar la vía de la negociación, el peronismo venía de una derrota y estaba muy dividido, allende, con la tradición de disputa de suma cero del bipartidismo argentino, no tener predisposición para la colaboración.

Delante de la magnitud de la crisis que De La Rúa tuvo de administrar ya como legado de la gestión Menem (1989-1999), ni la incorporación al gobierno de más una agrupación, a de Domingo Cavallo, nombrado para el Ministerio de la Economía, fue suficiente para amenizar la situación. Por el contrario, pues el ex ministro menemista acabó por aglutinar los sectores de la oposición, mismo la interna, en torno de la exigencia de su dimisión. La ascensión de la FREPASO también no llegó a representar la consolidación de un sistema multipartidista en la Argentina, ya que la durabilidad de las terceras y cuartas fuerzas como partidos efectivos continuaría a ser corta, como el rápido derrocamiento de la propia FREPASO mostraría.

Con la inoperancia de la coalición y la falta de un sistema consolidado de más de dos partidos, los graves problemas económicos y políticos enfrentados no pudieron ser amenizados y canalizados para dentro del propio régimen por medio de componentes del modelo consociacional como el multipartidismo y el gobierno de coalición y, así, se convirtieron en amenazas a la orden democrática.

En Venezuela, la inestabilidad del régimen no tiene relación con el inmovilismo del presidente, como en Argentina, y sí con el decisionismo y la concentración de poderes. La gestión Chávez, sin embargo, no fue la única de la historia política reciente del país a enfrentar turbulencias. La inestabilidad se había iniciado al final de la década de 80. En 1989, un paquete de medidas neoliberales anunciado por Carlos Andrés Pérez (AD) en el comienzo de su segundo mandato, después de prometer en la campaña que no haría eso, llevó a disturbios generalizados en el país, el llamado Caracazo, a causa del aumento del precio de la gasolina y, en consecuencia, del transporte.

Además de esta motivación más del momento, es importante describir el contexto en el que se dieron las protestas, que tuvieron un saldo oficial de 270 muertos. Venezuela es el octavo mayor productor mundial de petróleo y, por tanto, un país en el cual la población suele pagar poco por la gasolina. Los venezolanos también veían la crisis de la deuda externa y la caída del precio del petróleo minar la capacidad del Estado sostener su red de distribución de beneficios. Poco antes, en 1983, había ocurrido una desvalorización de la moneda, que, hasta entonces, tenía una cotización razonable frente al dólar. Por último, el paquete neoliberal de Carlos Andrés Pérez no tuvo, como en la Argentina y en Brasil, la antecedencia de una hiperinflación, que contribuye para deshacer resistencias.

Con él en el poder, se sumó al descalabro económico la inestabilidad de su gobierno y del régimen. Después del Caracazo, Andrés Pérez fue blanco en 1992 de dos tentativas de golpe militar, siendo que la primera tuvo el entonces teniente coronel del Ejército Hugo Chávez como líder. En el año siguiente, el presidente sufrió el impeachment, acusado de corrupción. O sea, estaba configurado el cuadro de las crisis económica y de credibilidad política. En las elecciones presidenciales de 1993, con más que el doble de abstención con relación a la edición anterior, por la primera vez el vencedor fue ni de la AD ni del COPEI.

La inestabilidad democrática volvió con la gestión Chávez, iniciada en 1999. Desde entonces, el nuevo presidente empezó a tener de manejar las dos crisis que persistían y que habían aportado para su victoria y adoptó una postura de confrontación con las elites, acusadas por él de ser las responsables por la situación de Venezuela. Con esto, tres años después, acabaría depuesto por un golpe civil-militar y permanecería apartado del poder por cerca de 48 horas. Chávez acumuló decisiones y enemigos en diversa frentes, a partir de una ideología de que era necesario refundar el país, corrompido por las prácticas políticas anteriores, y llevar adelante su revolución bolivariana.

Este mito de la refundación es una de las características que relaciona Chávez a líderes populistas del pasado de América Latina. El nombre del partido chavista, MVR (Movimiento Quinta República), es una alusión a la idea de que era necesario fundar otra República. Más un rasgo que relaciona al venezolano al populismo es su actuación en el incentivo a una participación política más activa de las clases bajas. Esta participación es entendida más como una busca del activismo cívico, mediado por el líder, que como un estímulo a la filiación partidaria. Por otro lado, el chavismo y el gobierno que conduce no pueden ser definidos como el resultado de una alianza de clases, lo que les diferencia de los regímenes populistas latinoamericanos descritos por Ianni (1991).

Una visión negativa de la política y de la democracia tradicionales determinó la manera como Chávez manejó la crisis de credibilidad de partidos y políticos. Su ascensión a la Presidencia fue como un líder carismático y antisistema, que hizo campaña en nombre de la sustitución de la vieja clase política. Ya su partido, una palabra que, por señal, desapareció de la Constitución idealizada por el chavismo, es un movimiento personalista con fines, sobretodo, electorales. El MVR, por ejemplo, continúa a tener Chávez, incluso formalmente, en el tope de su estructura jerárquica, a pesar del crecimiento registrado desde las elecciones de 1998 y de gobernar hoy 16 de las 24 unidades de la federación.

El decisionismo de Chávez alcanzó su punto alto con el anuncio en noviembre de 2001 de un paquete de 49 decretos, emitido por medio de la Ley Habilitante (una autorización concedida por la Asamblea Nacional para que el presidente pueda legislar sin la interferencia de la Casa). En el mes siguiente, las principales asociaciones de trabajadores y empresarios convocaron la primera huelga general contra la administración Chávez.

En este momento, los medios de comunicación también ya hacían parte de la alianza antichavista. En abril de 2002, cuando Chávez fue depuesto, el grupo contó aún con la actuación decisiva de sectores militares y, por lo menos, la anuencia del gobierno George W. Bush a los planos golpistas. Consumada la deposición, los Estados Unidos dieron apoyo al presidente enseñoreado, el empresario Pedro Carmona.

Desde los años 80, propuestas de reforma institucional venían en proceso de discusión y aprobación en Venezuela. Una medida implantada fue la elección para gobernador a partir de 1989. Esto abrió la posibilidad del surgimiento de nuevos liderazgos, mismo en las agrupaciones tradicionales, lo que llegó a ocurrir, pero, como la crisis política ya se manifestaba, la renovación acabó perjudicada. En la

gestión anterior a de Chávez, llegó a haber formalmente un gobierno de coalición, pero sin que un sistema multipartidista ya se hubiese afirmado.

Con la elección de Chávez, el bipartidismo de hecho se encerró. Pasó a aflojarse, por otro lado, el gobierno de coalición. A pesar de haber sido electo por una coligación partidista, el presidente no abre mucho espacio en su ministerio para integrantes de las otras fuerzas y no tiene como política la valorización de esta participación. El estilo de administrar de Chávez también contribuye para que la variedad actual de agrupaciones se transforme, en la práctica, en un modelo bipolar (pues son dos polos, y no dos partidos) y de disputa de suma cero. A causa del nivel de confrontación y, consecuentemente, de polarización que se instauró en el país, acaban por existir apenas situación y oposición, haciendo con que el multipartidismo se convierta en la práctica en un pluralismo polarizado.

Así, como en Argentina, el gobierno de coalición y el multipartidismo no están presentes de hecho en Venezuela y no pueden contribuir para que el alto nivel de confrontación sea amenizado y permanezca dentro de las reglas de la alternación democrática en el poder.

Si el bipartidismo y las crisis económica y de credibilidad política son aspectos en común en el desarrollo de los procesos de inestabilidad democrática en Argentina y Venezuela, hay una diferencia significativa entre los dos casos. En el venezolano, esta pérdida de credibilidad implicó en el rediseño de los sistemas político y partidario y en el fortalecimiento y en la elección de un líder que no pertenecía a la clase política tradicional, mientras tanto en el argentino, esto no ocurrió. El peronismo y la UCR continúan a ser las dos principales fuerzas, y el presidente electo después de las protestas de “que se vayan todos” fue Néstor Kirchner, que era gobernador por el PJ había 12 años.

¿Cómo se explican estos resultados opuestos en las respectivas elecciones presidenciales? Por la interpretación de este estudio, de dos modos principales, que se complementan. En primer lugar, el peculiar proceso de elección del candidato peronista tuvo un efecto de renovación. Con tres candidaturas surgidas de las filas del partido, las diversas corrientes internas del peronismo pudieron estar representadas en la disputa y, al mismo tiempo, sin que ninguna tuviese el derecho de llevar el nombre de la leyenda. La segunda explicación es que, en Argentina, no hubo el fortalecimiento de un líder carismático y antisistema político, como Chávez, que pudiese canalizar el voto de protesta contra la clase política. Esto es reforzado por el hecho de que los argentinos se habían frustrado recientemente al apostar en una fuerza con un discurso contra los políticos tradicionales, la FREPASO.

Conclusiones

Los casos argentino y venezolano posibilitan la evaluación de que la ingeniería institucional de línea consociacionista y la inclusión social, en países con altos niveles de desigualdad socioeconómica y pobreza, aportan para a preservación de la democracia a largo plazo. Débil o fuerte, una administración con pocos canales de negociación y sin mecanismos de contrapeso se pone más sujeta a la radicalización de los conflictos y, en consecuencia, a la falta de respeto a las reglas de alternación en el poder. Multipartidismo y gobierno de coalición interfieren para que haya menos posibilidad de turbulencias del régimen en sociedades desiguales, abriendo más espacio para que los excluidos del sistema político puedan participar de él, y no contéstalo. En el medio plazo, sin embargo, este dibujo tiende a ser insuficiente para evitar la inestabilidad democrática si no es acordado con la disminución de la exclusión social.

Este estudio defiende, por tanto, que multipartidismo, gobierno de coalición y inclusión social contribuyen para la estabilidad de la democracia en sociedades desiguales y pobres. En Argentina y Venezuela, los tres aspectos, o mismo dos de ellos, no se mezclaron efectivamente en sus trayectorias democráticas más recientes. En Brasil, multipartidismo y gobierno de coalición sí, lo que sirvió hasta ahora para evitar las amenazas al régimen, pero sin inclusión social. En Bolivia y en Ecuador, sin embargo, solo los dos primeros apartados no fueron suficientes, afrontados con, por ejemplo, IDHs (Índice de Desarrollo Humano) que se sitúan entre los tres peores de América del Sur.

Por otro lado, en India, multipartidismo y gobierno de coalición, que se reveza con gabinetes de partido único, también conviven con pésimos indicadores sociales y un IDH peor de lo que los de Ecuador

y Bolivia, pero la democracia indiana tiene pasado incólume, ya que las disputas en la nación asiática son de otro origen, sobretodo fronteriza y separatista.

Un tercer ejemplo exitoso es el de Chile, donde la mezcla de sistema multipartidista y coalición para gobernar, con la ventaja de que el IDH chileno es el segundo mejor entre las naciones sudamericanas, tiene resultado igualmente en seguridad para el orden democrático. Otro país de América del Sur, Uruguay, transitó de un bipartidismo histórico para un mayor número de fuerzas políticas efectivas y vio esto, con la contribución del gobierno de coalición, ser acompañado de la estabilidad del régimen.

Bibliografía

- ABAL MEDINA, Juan Manuel y RATTO, Maria Celeste. El sistema de representación después del “diluvio”. Hacia una relectura del esquema partidario argentino. CD Lasa papers. 2004.
- ABRANCHES, Sérgio Enrique Hudson de. Presidencialismo de coalizão: o dilema institucional brasileiro. Revista Dados. 1998, vol. 31, 1.
- ALVAREZ I., Rosangel M. ¿La Fuerza Armada Nacional de Venezuela: de actor social a actor político?. CD Lasa papers. 2004.
- ANASTASIA, Fátima; RANULFO, Carlos y SANTOS, Fabiano. Governabilidade e representação política na América do Sul. En prensa, 2004.
- ANDERSON, Perry. Balanço do neoliberalismo. En SADER, Emir y GENTILI, Pablo (orgs.). Pós-neoliberalismo. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1996.
- ARISÓ, Guillermo y JACOBO, Gabriel. El golpe S.A. La guerra de intereses que estalló en el 2001 y dejó al país en ruinas. Buenos Aires: Norma, 2002.
- CABALLERO, Manuel. Las crisis de la Venezuela contemporánea (1903-1992). Caracas: Alfadil Ediciones, 2003.
- CARMONA ESTANGA, Pedro. Mi testimonio ante la historia. Caracas: Actum, 2004.
- CHERESKY, Isidoro. Cambio de rumbo y recomposición política en Argentina - Néstor Kirchner cumple un año de gobierno. CD Lasa papers. 2004.
- CHERESKY, Isidoro y BLANQUET, Jean-Michel (orgs.). ¿Que cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada. Rosario: Homo Sapiens, 2004.
- Colectivo Situaciones. 19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social. Buenos Aires: Ediciones De Mano en Mano, 2002.
- DAHL, Robert. Poliarquia. Participação e oposição. São Paulo: Edusp, 1997.
- ELLNER, Steve y HELLINGER, Daniel (orgs.). La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización e conflicto. Caracas: Nueva Sociedad, 2003.
- FRANCIA, Néstor. Puente Llaguno. Hablan las víctimas. Caracas: 2002.
- FIORI, José Luís. Os moedeiros falsos. Petrópolis: Vozes: 1997.
- GAMBINA, Julio. Pueblada. Fines de 2001. En Rebeliones y puebladas: diciembre 2001 y enero 2002. Viejos y nuevos desposeídos en Argentina. Cuadernos de la FISyP. 2002, 7.
- GUILHERME DOS SANTOS, Wanderley. Da oligarquia à poliarquia. Competição eleitoral e processos “não-encarceráveis”. Rio de Janeiro: Iuperj, 1997.
- IANNI, Octavio. A formação do estado populista na América Latina. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1991.
- LAMOUNIER, Bolívar. Estrutura institucional e governabilidade na década de 90. En Reis Velloso, João Paulo dos (org.). O Brasil e as reformas políticas. Rio de Janeiro: José Olympio, 1992.
- LA FUENTE, Sandra e MEZA, Alfredo. El acertijo de abril. Relato periodístico de la breve caída de Hugo Chávez. Caracas: Debate, 2004.
- LANDER, Edgardo. Neoliberalismo, sociedad civil y democracia. Ensayos sobre América Latina y Venezuela. Caracas: UCV e Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, 2000.

LANDER, Luis E. (org.). Poder y petróleo em Venezuela. Caracas: Faces-UCV e PDVSA, 2003.

LIJPHART, Arend. Modelos de democracia. Desempenho e padrões de governo em 36 países. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2003.

LÓPEZ ECHAGUE, Hernán. La política está en otra parte. Viaje al interior de los nuevos movimientos sociales. Buenos Aires: Norma, 2002.

LÓPEZ MAYA, Margarita y LANDER, Luis E.. Novedades y continuidades de la protesta popular en Venezuela. CD Lasa papers. 2004.

MAINGON, Thais. Síntomas de la crisis y de la deslegitimación del sistema de partidos en Venezuela. CD Lasa papers. 2004.

MAINWARING, Scott. Presidentialism, multipartism and democracy - the difficult combination. *Comparative Political Studies*. 1993, vol. 26, 2.

MARENCO DOS SANTOS, André. Democracia e valores cívicos: uma relação necessária? *Revista Novos Estudos*. 2004, 69.

MARINGONI, Gilberto. A Venezuela que se inventa. Poder, petróleo e intriga nos tempos de Chávez. São Paulo: Fundação Perseu Abramo, 2004.

MCCOY, Jennifer L. y MYERS, David J. (orgs.). The unraveling of representative democracy in Venezuela. En prensa. 2004.

MÉNDEZ, Juan E; O'DONNELL, Guillermo; y PINHEIRO, Paulo Sérgio (orgs.). Democracia, violência e injustiça. O Não-Estado de Direito na América Latina. São Paulo: Paz e Terra, 2000.

MIERES, Francisco (et al). PDVSA y el golpe. Caracas: Fuentes, 2003.

MONIZ BANDEIRA, Luiz Alberto (2002). A guerra contra o terror: petróleo e armamentismo. *Revista Cena Internacional*, vol. 4, 1.

NOVARO, Marcos (org.). El derrumbe político en el ocaso de la convertibilidad. Buenos Aires: Norma, 2002.

NOVARO, Marcos y PALERMO, Vicente (orgs.). La historia reciente. Argentina en democracia. Buenos Aires: Edhasa, 2004.

O'DONNELL, Guillermo. Democracia delegativa?. *Revista Novos Estudos*. 1991, 31.

PÉREZ-LIÑÁN, Aníbal S.. Pugna de poderes y crisis de gobernabilidad: ¿hacia un nuevo presidencialismo?. *Latin American Research Review*. 2003, vol. 38, 3.

PÉREZ-LIÑÁN, Aníbal. As conseqüências políticas e econômicas das crises entre Executivo e Legislativo. *Opinião Pública*. 2004, vol. 10, 1.

POUSADELA, Inés M. Viejos e nuevos partidos. Cambios en la representación política en Argentina. CD Lasa papers. 2004.

PRZEWORSKI, A.; ALVAREZ, M.; CHEIBUB, J. A.; y LIMONGI, F. O que mantém as democracias? *Revista Lua Nova*. 1997, 40/41.

ROMERO, Luis Alberto. Breve historia contemporánea de la Argentina. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

ROUQUIÉ, Alain. O Estado militar na América Latina. São Paulo: Alfa-Ômega, 1984.

SADER, Emir e GENTILI, Pablo (orgs.). Pós-neoliberalismo. Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1996.

SCHOULTZ, Lars. Estados Unidos: poder e submissão. Uma história da política norte-americana em relação à América Latina. Bauru: Edusc, 2000.

SARTORI, Giovanni. Partidos y sistemas de partidos. Madri: Alianza, 1992.

TORRE, J. C.; NOVARO, M.; PALERMO, V.; y CHERESKY, I. Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, democracia y mercado. Buenos Aires: Norma, 1999.

UCHOA, Pablo. Venezuela: a encruzilhada de Hugo Chávez. São Paulo: Globo, 2003.

Venezuela. Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Caracas: Imprenta Nacional, 2000.

WEFFORT, Francisco. Qual democracia? São Paulo: Companhia das Letras, 1992.

YOUNGERS, Colleta. The US and Latin American after 9-11 and Iraq. *Foreign Policy in Focus*. 2003.